Históricas Digital

"Capítulo V"

p. 139-158

William Davis Robinson

Memorias de la revolución mexicana. Incluyen un relato de la expedición del general Xavier Mina

Virginia Guedea (estudio introductorio, edición, traducción y notas)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas/
Fideicomiso Teixidor

2003

412 p. + LXXIV

Figuras

(Serie Historia Moderna y Contemporánea, 40)

ISBN 970-32-0761-8

Formato: PDF

Publicado en línea: 25 de junio de 2019

Disponible en:
http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/418/memorias_revolucion.html

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

D. R. © 2019, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

CAPÍTULO V

Reflexiones sobre el estado de la revolución después de la disolución del Congreso. El general don Manuel Mier y Terán. Su talento y espíritu emprendedor. Su caída. El general don Guadalupe Victoria. El general Osorno. El general don Ignacio Rayón. El general don José Antonio Torres. Miserable situación de los patriotas después de que éste asumió el mando. Reflexiones.

Ya hemos mencionado la disolución del Congreso mexicano que el general Terán llevó a cabo en Tehuacán y la dispersión de sus miembros por las diferentes provincias insurrectas. A pesar de que posteriormente sus integrantes hicieron varios intentos por reunirse, nunca pudieron formar un gobierno civil merecedor de tal nombre. Así, los distintos comandantes militares no estuvieron bajo el control de ninguna autoridad civil, y de ahí se originó una larga y fatal serie de desastres para la causa patriota que terminó, como debía esperarse, en una escena de anarquía entre ellos y de triunfo para sus enemigos.

Los jefes patriotas que causaron a los realistas más inquietudes y problemas después de la disolución del Congreso mexicano fueron: *Terán*, en el distrito de *Tehuacán*; *Victoria*, en la provincia de Veracruz; Osorno, en el distrito de Papantla, en la provincia de México, y *Rayón* en el fuerte del Cóporo,[1] en la provincia de Valladolid. Hubo otros jefes, cuyos nombres y operaciones tendremos ocasión de mencionar, pero durante el año de 1816 y principios de 1817 la suerte de la revolución mexicana dependió de la conducta de estos cuatro que acabamos de citar.

Si estos cuatro individuos hubieran desterrado de sus pechos la ambición y la envidia, que por desgracia se habían convertido en las pasiones dominantes de cada uno de ellos, la causa patriota hubiera triunfado, porque la concentración de sus fuerzas y una cooperación cordial dentro de un extenso plan de acción les hubieran permitido enfrentarse a cualquier ejército que los realistas pudieran haber levantado por ese entonces en su contra.

[1] "Copero" en la edición de 1820.

2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
Disponible en: http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/418/memorias_revolucion.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

Terán tenía bajo su mando, cuando menos, mil quinientos hombres, bastante bien armados y disciplinados; Victoria, a otros tantos, bien equipados; Osorno, a cosa de dos mil hombres, principalmente de caballería, que era la mejor del reino; Rayón y su hermano tenían cerca de mil ochocientas tropas, con bastante disciplina. En las montañas de la Mixteca existían, además, mil hombres, por lo menos, de buena caballería, que comandaba el valiente Guerrero.

Los tres jefes mencionados al principio se encontraban a menos de *veinte leguas uno de otro* y en *tres días* podían haber reunido sus fuerzas. Rayón, quien se hallaba más distante, pudo haber unido sus tropas con los patriotas del Bajío,[2] región de las grandes llanuras de Guanajuato, y amenazar por ese lado a México mientras las fuerzas de Terán, Victoria y Osorno se aproximaban a la capital por el lado contrario, lo que hubiera colocado a los realistas en la situación más alarmante en que se hubieran encontrado desde los comienzos de la revolución. Este plan era el propósito favorito de Terán, quien no escatimó esfuerzos para lograrlo. El escritor ha revisado su correspondencia con otros jefes y no duda al afirmar que la causa de que esta reunión no se llevara a cabo fue únicamente la fatal envidia que estos hombres tenían a Terán.

Para demostrar la precaria situación de los realistas por ese entonces basta que tengamos presentes las grandes dificultades que experimentaron al someter a los jefes patriotas, a pesar de todas las desventajas que éstos sufrían por falta de armas y de concierto en sus operaciones.

El general don Manuel Mier y Terán era un joven de sólo veinte años de edad.[3] Había recibido la mejor educación que la ciudad de México podía brindarle, se hallaba enlazado con una familia distinguida, era modesto en su conducta, de sobrias costumbres, partidario ardiente de la emancipación de su país, generoso y valiente, con una mente que poseía extraordinario vigor.

Este joven, con una fuerza que nunca pasó de *mil quinientos* hombres, ocupaba la ciudad y el distrito de Tehuacán, en el centro mismo del reino de México, proclamando su desafío a los ejércitos realistas y rechazando sus ataques durante más de dos años.

Construyó un fuerte sobre una elevada montaña en las cercanías de la ciudad de Tehuacán, donde estableció su arsenal, una fundición de cañones y una fábrica de pólvora. Siempre que se veía acosado por un ejército realista muy superior, se retiraba a su fuerte, llamado *Cerro Colorado*, y burlaba todos los esfuerzos para desalojarlo.

Ponía particular atención en disciplinar a sus tropas y casi a diario ejercía personalmente las funciones de oficial instructor. Durante la revolución

[2] "Baxio" en la edición de 1820.

[3] Mier y Terán nació en 1789, por lo que en 1816 contaba 27 años de edad y no 20.

2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
Disponible en: http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/418/memorias_revolucion.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

no hubo fuerzas a las que más temieran los realistas que a las de la división de Terán. Era tal la devoción que sus soldados le tenían que podía hacerlos combatir contra fuerzas muy superiores; y cuando no alcanzaba la victoria dirigía su retirada con tal destreza que no permitía a los realistas causarle muchas pérdidas.

Como la ciudad de Tehuacán está situada en el corazón de una bella región triguera, Terán siempre contó con abundantes provisiones. El distrito se halla densamente poblado y en cualquier momento hubiera podido reunir diez mil hombres de haber conseguido las armas suficientes. Los pocos fusiles que tenían sus tropas disminuían día con día y a principios de 1816 se dio cuenta de que le sería imposible mantener su posición por mucho tiempo si no conseguía una nueva provisión de armas. Muchas fueron las veces en que el escritor le oyó exclamar, mientras sus hermosos ojos negros brillaban por las lágrimas: "*¡Ah! si tuviera tan sólo seis mil fusiles y tres mil espadas de caballería para armar a los valientes jóvenes que diariamente acuden a mis banderas, lograría la independencia de mi país aun sin la ayuda de aquellos jefes patriotas que ahora se rehúsan a actuar de acuerdo conmigo*". Tan grande era su preocupación por conseguir fusiles, que solicitó la cooperación de Victoria y de Osorno en un plan para apoderarse de Tampico, o algún otro puerto al norte de Veracruz, con el propósito de abrir un tráfico comercial con los Estados Unidos. Pero, como sus propuestas fueron rechazadas de mala manera, se decidió audazmente a marchar a través de la provincia de Oaxaca, penetrar al sur de la de Veracruz y apoderarse del puerto de Coatzacoalcos. Es difícil dar al lector una idea exacta de los obstáculos que Terán tuvo que vencer en esta empresa, pero es cierto que el importante fin que tenía en mente justificó el haberla intentado, como también es cierto que el no haber alcanzado el éxito en ese proyecto tan extraordinario e importante se debió a circunstancias fortuitas y no al valor de sus enemigos. Una vez tomada esta decisión, salió de Tehuacán en el mes de julio de 1816. Su fuerza se componía de *doscientos cuarenta hombres de infantería, sesenta de caballería* y *dos piezas de artillería*, con *cuarenta cajas de municiones*. Se daba perfecta cuenta que tenía que atravesar una región enemiga, densamente habitada, y que los realistas podían reunir de mil quinientos a dos mil hombres para actuar en su contra; pero confiaba en que por medio de una rápida marcha llegaría a su destino en diez o doce días, antes de que el enemigo tuviera tiempo de concentrar sus fuerzas o penetrar sus designios.

También tenía razones para suponer que la gran mayoría de la población india y criolla de la provincia de Oaxaca se alzaría a su favor o, en todo caso, no pondría obstáculos en su camino. Sabía que una vez llegado a Coatzacoalcos podía tomarlo con facilidad, y suponía que

2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
Disponible en: http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/418/memorias_revolucion.html

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

después de fortificar la plaza le sería difícil al enemigo desalojarlo de su posición. Había recibido información fidedigna de que los habitantes de las cercanías de Coatzacoalcos y de *Tabasco* estaban dispuestos a unírsele. Sabía que los habitantes de *Tehuantepec*, en la costa del Pacífico, estaban preparados para rebelarse contra el gobierno español, y como la distancia entre Coatzacoalcos y Tehuantepec era de sólo cuarenta leguas, al ocupar estos lugares tendría dos puertos de mar importantes: uno en el *Golfo Mexicano* y el otro en el *oceáno Pacífico*. Su intención era, en caso de tomar Coatzacoalcos, retirar de inmediato todas sus fuerzas de Tehuacán y establecer su cuartel general, ya fuera en la costa del Golfo, ya en Tehuantepec. Por lo anterior puede verse que, si bien tanto amigos como enemigos consideraron quijotesco e impracticable su proyecto por entonces, cuando se examina con detenimiento y sin prejuicios no era un plan dictado por la necesidad sino el más juicioso que Terán pudo haber adoptado a favor de su patria en cualquier circunstancia.

El único error relacionado con la expedición de que se puede acusar con justicia a este emprendedor joven es que salió de Tehuacán en el mes de julio en lugar de hacerlo en junio.

Ordinariamente, la estación de lluvias comienza en Oaxaca a principios de julio; en unos cuantos días los ríos crecen y la enorme llanura que se extiende a lo largo del litoral de la provincia de Veracruz, hasta más de cien millas tierra adentro, se vuelve completamente intransitable para cualquier ejército. Terán no ignoraba este hecho, pero cuando unos amigos le dijeron que la estación se hallaba demasiado avanzada para intentarlo, replicó:

> que había habido años en que las lluvias no empezaban sino hasta mediados de agosto y que en ese momento el país entero estaba perfectamente seco; que sólo necesitaba diez días más sin lluvias para llegar al lugar que deseaba; que tenía esperanzas de que el Dios de la naturaleza no derrotaría su proyecto; que si lo demoraba no podría ejecutarlo hasta el año siguiente y, finalmente, que si no tenía éxito calculaba poder regresar a Tehuacán antes de que el enemigo pudiera tomar medidas para cortarle la retirada.

De hecho, tan decidido estaba a llevar a cabo el experimento que fueron inútiles todos los argumentos usados para disuadirlo; y, así, salió de Tehuacán con la fuerza antes mencionada alrededor del 24 de julio.

Encontró poca oposición durante los primeros cinco días de su marcha. Tomó las poblaciones de *Soyaltepec, Ixcatlán, Ojitlán*[4] y varios otros

[4] "*Soyaltepec*", "*Iscatlan*" y "*Oxitlan*" en la edición de 1820.

2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
Disponible en: http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/418/memorias_revolucion.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

lugares de considerable importancia, algunos de los cuales contaban con una población de cinco a siete mil indios. Fue recibido de la manera más cordial, y la bandera de la república mexicana fue izada en todos los lugares por donde pasó. Las distintas escaramuzas que sostuvo con algunas divisiones de tropas realistas lo convencieron de que no tenía nada que temer de su oposición. Procedió sin interrupción hasta un lugar llamado *Tuxtepec*, como a la mitad del camino, donde su progreso se vio impedido por una violenta lluvia que continuó sin interrupción (excepto cosa de dos horas cada mañana) *durante diez días*. No sólo toda la región entre Tuxtepec y Coatzacoalcos quedó inundada sino que la mayor parte de la ruta ya recorrida estaba cubierta también de agua, así que por entonces tampoco era posible regresar a Tehuacán. Encerrado de esta manera en Tuxtepec, debió depender de los buenos oficios de los indios para aprovisionar su ejército. En esto no sufrió ninguna decepción, pues le dieron toda clase de pruebas de su fidelidad a la causa patriota y de su odio a los realistas. Los indios enviaron espías para averiguar los movimientos del enemigo, quienes pronto mandaron a Terán noticias procedentes de las ciudades de Oaxaca y Veracruz que lo convencieron de que los realistas conocían ya sus proyectos y hacían preparativos formidables para impedirle tanto su avance a Coatzacoalcos como su regreso a Tehuacán. Terán no se desanimó con estas noticias y sólo lamentó que las incesantes lluvias no le permitieran moverse, ya fuera a la derecha, ya a la izquierda.

Algunos indios entendidos le informaron en Tuxtepec que si lograba llegar a un lugar llamado *Amistán*,[5] distante cerca de ocho leguas, podía alcanzar un camino transitable incluso durante la estación de lluvias que lo llevaría a Coatzacoalcos, pero para llegar a Amistán durante esta época era necesario abrir un nuevo camino. Apenas Terán recibió esta sugerencia, llamó al gobernador y a los principales indios de Tuxtepec para pedirles su consejo en relación con la apertura de este nuevo camino. La describieron como una tarea difícil, pero ofrecieron brindarle toda su ayuda para realizarla. Así, pues, doscientos hombres de la división de Terán y todos los indios de Tuxtepec que se hallaban en condiciones de hacerlo emprendieron la tarea. En diez días hicieron un camino a través de los pantanos, obra que los realistas reconocieron después que parecía imposible de efectuar en menos de seis meses. Terán supervisó todas las operaciones, y sus infatigables esfuerzos, unidos a su inventiva, causaron la admiración tanto de sus soldados como de los indios. Calzadas y puentes flotantes se colocaron sobre lugares antes considerados como completamente intransitables, demostrando lo que los hom-

[5] "Amistan" en la edición de 1820. No he podido localizar este pueblo.

2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
Disponible en: http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/418/memorias_revolucion.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

bres pueden llevar a cabo cuando se hallan urgidos por la necesidad y estimulados por un jefe emprendedor.

El 5 de septiembre Terán llegó a Amistán con toda su fuerza. Allí supo que los realistas se preparaban para atacarlo y que, de hecho, avanzaban ya hacia Tuxtepec con una fuerza poderosa, convencidos de que le sería imposible proseguir su camino hacia Coatzacoalcos. A cinco leguas de Amistán se encontraba un puesto realista, llamado *Playa Vicente*, situado a la orilla de un río. En este lugar había un valioso depósito de grana cochinilla y otros efectos que pertenecían a los comerciantes de Veracruz y Oaxaca, de los que de inmediato Terán decidió apoderarse. El día 6 hizo un reconocimiento del lugar y se aseguró de que el enemigo tenía allí una fuerza de cerca de cien hombres. El día 7 avanzó con la división hasta la orilla del río justo enfrente de Playa Vicente. El 8 por la mañana, procedente de la ribera opuesta, llegó una canoa con dos indios que informaron a Terán que la noche anterior los realistas habían abandonado precipitadamente la población. Para asegurarse de la verdad de su informe, Terán quedóse con uno de los indios como rehén y envió al otro en la canoa al lado opuesto del río con dos de sus soldados. A su regreso, confirmaron la información recibida. Algunos de los oficiales de Terán se ofrecieron para cruzar el río, lo que éste permitió imprudentemente. Regresaron con tan halagadoras noticias sobre la enorme cantidad de mercancías y grana cochinilla que habían visto en los almacenes, que la división entera estaba ansiosa de tomar posesión del lugar. Como no había más que una pequeña canoa, Terán ordenó que se hicieran balsas para llevar a toda su fuerza al otro lado esa misma tarde o a la mañana siguiente.

Mientras tanto, la canoa había transportado ya a unos veinte hombres. Terán, temiendo que pudieran cometer algunos excesos entre los habitantes de la población o disfrutar con demasiada libertad de los vinos y licores que había en los almacenes, cruzó el río y se les unió con tres de sus oficiales. Se encontraba tomando las disposiciones necesarias en el pueblo, colocando centinelas a las puertas de los almacenes y tratando de atraerse la buena voluntad de sus habitantes, cuando de repente un indio llegó corriendo a la población y dio la noticia de que los gachupines se hallaban sobre ellos. Terán confiaba en que resultaría ser una falsa alarma, pero con gran presencia de ánimo ordenó a sus hombres, que sumaban *veintitrés entre oficiales y soldados*, que se formaran y lo siguieran. Se dirigieron a la parte del pueblo donde se dijo que se acercaban los realistas, y desde allí observaron un cuerpo de caballería e infantería que descendía de una colina a doscientas yardas de distancia.

En ese momento Terán hubiera podido huir hacia el río y salvarse con aquellos de sus hombres que sabían nadar. Si supuso que la fuerza ene-

2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
Disponible en: http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/418/memorias_revolucion.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

miga era menor de lo que resultó ser, o si pensó que por medio de una muestra de firmeza podría detenerla hasta recibir refuerzos del otro lado del río, son asuntos sobre lo que no podemos opinar. Es cierto, sin embargo, que se hizo fuerte en la parte de atrás de una casa pequeña y con valentía soportó el ataque enemigo. Varias veces los realistas parecieron estar dispuestos a retirarse; pero, al ver que Terán no recibía refuerzos y al darse cuenta de que el cuerpo principal de sus tropas se hallaba en la otra orilla del río, hicieron un denodado esfuerzo y lo derrotaron. Terán y otros dos individuos tuvieron la suerte de llegar al río y en medio de una lluvia de balas lo cruzaron a nado. Los que componían el resto de la partida fueron acabados a bayonetazos o tomados prisioneros.

El día 9 Terán hizo sus preparativos para transportar su fuerza al otro lado del río, como a doscientos pasos más abajo del pueblo, con el propósito de atacarlo y vengarse de la seria desventura padecida. A las 5 de la tarde dio órdenes para que la división se preparara a abordar las balsas, habiendo puesto en la mayor de ellas sus dos piezas de campaña para cubrir el desembarco. Todo estaba listo para el ataque a Playa Vicente cuando se suspendió repentinamente al recibir la inesperada noticia, que llevó un indio de Amistán, de que los realistas estaban a dos leguas de aquel lugar y que se proponían forzar la marcha para poder llegar al campamento de Terán con la luz del día a la mañana siguiente.

De inmediato Terán se dio cuenta de lo crítico de su situación, pues sabía que si permanecía donde se encontraba hasta que llegara el enemigo daría ánimos a los realistas de Playa Vicente y esto lo colocaría entre dos fuegos. Tan pronto como anocheció, Terán levantó su campamento y marchó cosa de tres leguas hasta encontrar una excelente posición donde montar sus dos piezas de campaña. Apenas tuvo tiempo de prepararse para el combate cuando la proximidad de una partida de caballería le anunció que el enemigo estaba cerca. Uno de los centinelas de Terán dio el quién vive y al mismo tiempo descargó su fusil. Esto tomó a los realistas totalmente por sorpresa, ya que sus espías les habían asegurado de manera positiva que al finalizar el día anterior Terán se hallaba en el río; no obstante, consideraron prudente hacer alto hasta el amanecer. Mientras tanto, la situación de Terán mejoraba con cada minuto que pasaba. Sabía que la fuerza enemiga se componía principalmente de caballería y por ello colocó obstáculos en el camino, cortando los árboles y llenando la vereda de arbustos, detrás de los que puso emboscadas a sus tropas con las piezas de campaña. Hemos sabido por algunos oficiales realistas que examinaron posteriormente el campo y los arreglos hechos por Terán, que apenas podía creerse que una división de doscientos setenta y cinco hombres hubiera podido hacer tanto en el corto espacio de cuatro horas.

2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
Disponible en: http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/418/memorias_revolucion.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

Como media hora antes del amanecer, Terán visitó cada una de sus emboscadas e instó a sus hombres a no hacer fuego precipitadamente y a permanecer firmes en los puestos que se les habían asignado. Obligó a todos y a cada uno de los oficiales y de los soldados a prometerle que por ningún motivo se dejarían tomar prisioneros sino que alcanzarían el triunfo o morirían en el intento. No les ocultó su conocimiento de que el enemigo era muy superior en número, pero les hizo saber que tenía confianza en derrotarlo si la división republicana se comportaba como con frecuencia lo había hecho. Quizá ningún cuerpo ha tenido tanta confianza en su jefe como la que tenía la división en Terán; anticipaba la victoria que iba a obtener y la sorpresa y confusión que ocasionaría al enemigo por medio de las novedosas disposiciones tomadas por su jefe.

Al romper el alba, se descubrió a los realistas como a media milla de distancia. Un arroyo se interponía entre ellos y Terán y, a pesar de que no tenía más de veinte yardas de ancho, era profundo y difícil de pasar a causa de la rapidez de su corriente. Al aproximarse a él, los realistas hicieron un alto y se mostraron cautelosos en su movimientos; pero lo cruzaron una hora después. Mientras tanto, Terán, con cerca de treinta hombres, les había salido al encuentro con la intención de fingir una apresurada retirada y así atraerlos a las emboscadas que se habían preparado. La estratagema dio resultado: la caballería realista lo persiguió a toda velocidad y cayó en la emboscada al llegar al sitio donde se habían colocado las dos piezas de campaña disimuladas, las que rompieron un fuego devastador que confundió a los realistas y los obligó a retirarse hacia el riachuelo. Pero era ya demasiado tarde para retroceder, pues estaban atrapados; y a una señal las partidas emboscadas abrieron fuego, cargaron sobre ellos y en unos cuantos minutos los derrotaron por completo. Al tratar de cruzar el vado del arroyo, los fugitivos se agolparon tanto unos sobre otros que muchos se ahogaron. Terán, aprovechándose de inmediato de estas circunstancias, persiguió muy de cerca al enemigo por espacio de casi una legua del otro lado del arroyo, haciendo terribles estragos entre su infantería y su caballería. En vano los oficiales realistas trataron de reunir a sus hombres; el pánico se generalizó y cada quien intentó salvarse mediante la fuga.

Por parte de los realistas, el resultado de esta acción fue de *ciento veinte muertos*, un número considerable de heridos y sesenta prisioneros. La pérdida de Terán consistió en nueve muertos y trece heridos. Por documentos oficiales hallados a los prisioneros, parece ser que la fuerza realista estaba formada por *seiscientos hombres de caballería y quinientos sesenta y tres de infantería*, comandados por el general *Topete*.[6] Los

[6] Capitán de fragata Juan Topete.

2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
Disponible en: http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/418/memorias_revolucion.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

realistas habían empleado varias semanas en reunir este número de tropas en *Tlacotalpan* y *Alvarado*, en la provincia de Veracruz, pero a causa de las fuertes lluvias no habían podido encontrarse antes con Terán.

Por los informes obtenidos de los prisioneros, este jefe se vio obligado, a su pesar, a abandonar el proyecto de proseguir hacia Coatzacoalcos. Supo que el comandante general de Oaxaca se hallaba reuniendo toda la fuerza disponible de esa provincia para perseguirlo; que otra formidable expedición se preparaba en Veracruz con el mismo propósito, y que dos buques de guerra españoles habían sido enviados a Coatzacoalcos. Como su plan original era tomar por sorpresa la plaza, y como esto ya no era posible, resolvió intentar el regreso a Tehuacán lo más pronto posible. Lo llevó a cabo con movimientos magistrales, eludiendo todos los planes realistas para interceptarlo y superando obs-táculos que sus enemigos consideraban invencibles durante esa época del año.

Después de regresar a Tehuacán, Terán reanudó sus propuestas para lograr la conciliación y la cooperación de Victoria y Osorno, pero ni uno ni otro quisieron admitirlas.

El virrey Apodaca concentró entonces todas sus energías para destruir a estos jefes rivales y dirigió primero su atención a Terán. Un ejército integrado por la flor y nata de las fuerzas realistas y compuesto por cosa de cuatro mil soldados fue enviado a sitiar Tehuacán.

Terán se preparó para el ataque con su acostumbrada rapidez. Envió a las mujeres y a los niños al fuerte de Cerro Colorado[7] y permaneció en la ciudad, donde esperaba poder rechazar al enemigo. Fortificó el convento de *San Francisco* y allí aguardó el ataque. Los realistas rodearon el convento y cortaron toda comunicación con el fuerte. La fuer-za total efectiva de Terán en el convento no excedía de quinientos hombres, pero había hecho tales preparativos para su defensa que los realistas no se aventuraron a asaltarlo, contentándose con esperar el resultado de un sitio en toda forma y cortando todo suministro de ví-veres. Al verse en semejante aprieto, con las provisiones y el agua casi agotadas, sin esperanzas de ayuda exterior y sin querer, al mismo tiem-po, sacrificar inútilmente las vidas de sus valientes compañeros, acep-tó por fin los artículos de la capitulación propuesta por el comandante realista.

Lamentamos no tener una copia de la rendición, porque los generosos términos en que está redactada demostrarían el gran respeto que los realistas tenían a Terán. Le ofrecieron condiciones que invariablemente

[7] "Colorado" en la edición de 1820.

2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
Disponible en: http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/418/memorias_revolucion.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

se habían rehusado a todos los otros jefes revolucionarios. También sentimos satisfacción al asentar aquí que esta capitulación fue cumplida de manera escrupulosa y honorable por parte del comandante realista y del virrey.

Después de que los patriotas perdieron Tehuacán, los realistas estuvieron en condiciones de enviar una poderosa fuerza contra Victoria y Osorno.

En ningún momento don Guadalupe Victoria tuvo más de dos mil hombres bajo sus órdenes, pero conocía tan bien las fragosidades de la provincia de Veracruz que los realistas nunca pudieron obligarlo a entrar en una acción general. En vano enviaron fuerzas superiores a atacarlo; en vano lo arrojaron de una posición a otra. En cuanto destruían parte de sus fuerzas en un lugar, él reclutaba nuevas fuerzas en otro punto. Más de veinte veces la *Gazeta de México* ha publicado que Victoria había sido muerto y su partida aniquilada; pero a pocos días de esos relatos falsos y pomposos hemos oído que Victoria ha vuelto a aparecer de repente, atacando y capturando convoyes de mercancías, tomando algunas plazas fuertes y llenando a la región entera de consternación. A la cabeza de ciento cincuenta a doscientos hombres de caballería llevó a cabo algunas de las hazañas más atrevidas efectuadas durante la revolución y su valor y actividad personales fueron universalmente reconocidos, incluso por sus enemigos. Más de las cuatro quintas partes de la población de Veracruz se hallaban a su favor. Dondequiera que iba se le suministraban provisiones, ya fuera en secreto o públicamente. De haber tenido fusiles, de diez a quince mil hombres estaban dispuestos a tomarlos y a seguir sus banderas. A la falta de armas y de municiones de guerra debe atribuirse su fracaso final y no a otra causa. Mientras tuvo en su posesión los puestos de Boquilla de Piedras y Nautla, en la costa de Veracruz, consiguió de Nueva Orleáns algunos centenares de fusiles, pero después de que estas plazas fueron recuperadas por los realistas a fines de 1816 o principios de 1817, quedó por completo impedido de conseguir cualquier suministro extranjero. Desde entonces los realistas han proclamado que ha sido muerto y sus fuerzas destruidas. Si esto es o no cierto, no lo sabemos; lo que sí es verdad es que desde mediados de 1817 los patriotas no han contado con una partida poderosa en la provincia de Veracruz.

Por aquel tiempo, las fuerzas de Osorno fueron también destruidas o dispersadas, y hemos sabido que tanto él como sus principales oficiales han aceptado el indulto. A fines de 1815 Osorno era un enemigo formidable de los realistas, ya que contaba con cuando menos dos mil hombres de la mejor caballería del reino y sembraba el terror incluso hasta las puertas mismas de México. Tanto él como sus oficiales pronto

2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
Disponible en: http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/418/memorias_revolucion.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

se volvieron demasiado aficionados a satisfacer sus deseos personales, se entregaron a todo tipo de excesos y dirigieron todos sus esfuerzos a la obtención de botín y a sembrar la destrucción. Uno de sus oficiales, llamado Vicente Gómez,[8] llegó a ser célebre tanto por su crueldad como por su actividad. Este monstruo, bajo el pretexto de ejercer represalias, no sólo fusilaba a sus prisioneros sino que frecuentemente los mutilaba y torturaba. En una ocasión se jactó de haber dado muerte a algunos españoles europeos sin haber derramado una gota de sangre; mandó que fueran enterrados vivos. Tan grande fue el terror que este miserable sembró en la región que los realistas trataron por todos los medios de atraerlo a su partido. Finalmente lo lograron al ofrecerle el mismo rango en sus filas que el que tenía en las fuerzas patriotas, y no hay duda de que por su actividad y manejos contribuyó en mucho a acelerar la caída de Osorno, su antiguo jefe.

Don Ignacio Rayón, en la provincia de Valladolid, había resistido durante dieciocho meses en el importante fuerte del *Cóporo* todos los intentos de los realistas por desalojarlo. Tanto él como sus dos hermanos habían representado un papel conspicuo desde el comienzo de la revolución. Estaba en contra de la manera sangrienta en que se había llevado a cabo la guerra y disgustado por la conducta egoísta de los jefes patriotas. Aunque se le conocía como un oficial capaz y valiente, muy adicto a la causa que había abrazado, con frecuencia declaraba su resolución de rendirse a los realistas si los patriotas persistían en rechazar su consejo y sus planes para reunir sus fuerzas. Finalmente capituló, y el fuerte del Cóporo cayó en manos de los realistas.

Por falta de documentos pertinentes no podemos establecer con precisión las fechas en que ocurrieron estos diversos desastres de los patriotas que se hallaban bajo el mando de Terán, Victoria, Osorno y Rayón, sino tan sólo que tuvieron lugar durante los años de 1816 y 1817.

A causa de todos estos acontecimientos, los realistas volvieron a subyugar gradualmente muchos de los distritos sublevados, colocando guarniciones en todos los pueblos y villas para sujetar a sus habitantes a la obediencia de la autoridad real. De esta manera lograron formar una cadena de fortificaciones desde el norte hasta el sur, cortando la comunicación entre los patriotas de las provincias orientales y occidentales que todavía vagaban por el país en partidas poderosas pero sin cooperar entre sí.

La dirección de estos cuerpos revolucionarios recayó desde entonces en manos de los más ignorantes entre los mexicanos, hombres cuyo único objetivo era alcanzar el poder para así adquirir riquezas. Muchos

[8] José Vicente Gómez, apodado *El Capador* porque castraba a los peninsulares que caían en su poder, actuaba por la zona de San Martín Texmelucan.

2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
Disponible en: http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/418/memorias_revolucion.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

de estos hombres, de simples campesinos habían sido elevados al rango de coroneles y brigadieres. Su conducta se tornó desordenada y cruel en extremo y, como muchos de ellos eran atrevidos y emprendedores, eran temidos por realistas y patriotas por igual.

Los hombres de educación, principios o talento ya no eran respetados entre los revolucionarios. Todos sus intentos por establecer el orden se denunciaban como tendientes al despotismo; mientras se les insultaba, se les confiscaban sus propiedades con el pretexto de que así lo exigía el bien público; sus vidas se veían amenazadas, y no se atrevían aun a murmurar contra los decretos de sus tiránicos opresores. Así aterrorizados, por un lado, por la conducta de su propio partido y, por el otro, atraídos por las halagadoras ofertas de los realistas, buscaron finalmente la seguridad bajo las banderas de España, donde estos patriotas sinceros son ahora *amigos de la libertad, pero enemigos de la anarquía*.

La clase de jefes que acabamos de mencionar tenía, sin embargo, extensos distritos bajo su mando en las provincias occidentales, y cada subcomandante de pueblo, imitando el ejemplo de su jefe, daba rienda suelta a sus pasiones, estudiando solamente los medios de alcanzar su satisfacción personal.

Habían nombrado para el supremo mando militar a un sacerdote llamado *don José Antonio Torres*, que había sido elevado al rango de mariscal de campo[9]. Durante las primeras etapas de su carrera, Torres dio algunas muestras de valor; pero apenas alcanzó el poder mostró tener el carácter de un demonio. Era cruel, vengativo y codicioso, sin perdonar a patriotas ni a realistas para satisfacer sus pasiones. De la manera más arbitraria impuso tributos a todos los hombres de fortuna que se hallaban dentro de la zona que dominaba, y continuó tratando con tales indignidades a los criollos en quienes veía la más mínima posibilidad de encontrar oposición a sus designios, que muchos de los que se habían quedado se vieron obligados, a su pesar, a huir con los realistas en busca de protección. Bajo los pretextos más frívolos mandó ajusticiar a varias personas de quienes sospechaba le eran hostiles o que podrían convertirse en sus rivales. La envidia era el rasgo predominante de su carácter; tampoco le importaban los sacrificios que debía realizar para librarse de quien esperaba oposición. A pesar de sus propensiones viciosas y de sus rasgos viles, poseía la buena cualidad de una adhesión sincera a la causa de la república. Hacia los españoles guardaba una antipatía invencible. Desdeñó las muchas insinuaciones que se le hicieron para atraerlo al partido realista, y ni las ofertas de rango o de dinero pudieron inducirlo a dudar de su determinación. La siguiente

[9] "mariscal de campo" en español en la edición de 1820.

2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
Disponible en: http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/418/memorias_revolucion.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

anécdota exhibirá con más claridad su enemistad hacia los gachupines y demostrará que cuando su patriotismo estaba involucrado no valían ni los mismos lazos de parentesco.

En cierta ocasión, dos de sus hermanos más jóvenes cayeron en manos de los realistas. Fueron obligados a escribirle diciéndole que sus vidas dependían de que Torres abrazara la causa del rey y que, de no hacerlo, serían fusilados. A esta súplica dio la siguiente respuesta: "La proposición de los realistas ha servido tan sólo para provocar mi indignación. Si el enemigo no los fusila, tened cuidado de caer algún día en mi poder, pues en tal caso recibiréis por mi mano la muerte que no os dieron los realistas por haberos atrevido a colocar vuestras vidas en un plano de igualdad con el interés de vuestro país y por proponerme condiciones tan deshonrosas."

Torres tenía bajo su mando una extensión inmensa de territorio que dividió, como en el antiguo sistema feudal, en distritos o *comandancias*.[10] Era un rasgo prominente de su política el escoger para el gobierno de estos distritos a hombres cuya enorme ignorancia los sometía a su voluntad y los convertía en sujetos apropiados para promover sus proyectos de dominio absoluto. Estos comandantes seguían el ejemplo puesto por Torres y dirigían principalmente su atención a sus placeres personales. Sin un gobierno capaz de imponer obediencia, se vieron sin control sobre sus procedimientos y actuaron de acuerdo con sus propios deseos en sus respectivas comandancias. Consideraban que las rentas del Estado no pertenecían al público sino que eran de su propiedad personal y que hacían un favor a la república cuando alguno de los fondos se empleaba en su servicio. Las fuerzas que levantaban eran tan sólo las que juzgaban necesarias, y a ellas se les enseñaba a considerar a los comandantes como a sus dueños, cuyas órdenes *solamente* debían obedecer. Los paisanos eran vistos como siervos carentes de cualquier privilegio, a los que se tenía derecho de dañar y la soldadesca podía hacerlos sus víctimas con impunidad. Cada comandante se convirtió, en su distrito, en un tirano en pequeño; los intereses del país no eran ya vistos como los objetivos primordiales sino que fueron sustituidos por una dedicación a la autocomplacencia, mientras que el objeto y fin principal de sus esfuerzos fue el preservar la buena voluntad del *sultán* Torres. Éste, por su parte, era un experto en las artes necesarias para conseguir la buena opinión de estos hombres. Torres apostaba y bebía con ellos y tomaba parte en carreras y en peleas de gallos, en cuya ciencia era extremadamente hábil, hasta que los participantes se quedaban sin dinero. En suma, mientras los comandantes actuaran de acuerdo con

[10] "*comandancias*" en español en la edición de 1820.

2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
Disponible en: http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/418/memorias_revolucion.html

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

sus instrucciones nada averiguaba ni le importaba cuál era su conducta. Por lo tanto, no fue extraordinario el que Torres, después de haber sido nombrado comandante en jefe, mantuviera un poder absoluto y se obedecieran sus órdenes de inmediato y sin reservas. Si éstas hubieran emanado de un hombre famoso por su conducta correcta y honrada no hubieran sido vistas con mayor temor ni reverencia. Su cuartel se hallaba en la parte superior de la montaña de Los Remedios que fortificó a costa, y ruina, de muchas de las familias que vivían alrededor de su base. Allí, rodeado de mujeres y de todos los lujos que brindaba la región, se tornó indolente y caprichoso, emitiendo los más arbitrarios decretos y, como un semidiós, desde su elevado sitial sonreía al ver los efectos que causaban sus imperiosos mandatos en los fieles americanos que lo apoyaban. En el apogeo de su gloria se le veía rodeado de sicofantes y de mujeres que cantaban canciones del peor gusto en su honor, mientras Torres, recostado en un lecho y abanicado por una mano delicada, escuchaba con embeleso la adulación más burda y prorrumpía en ruidosas carcajadas provocadas por la satisfacción que sentía. Hinchado de vanagloria y regocijándose en ella, a menudo exclamaba: "*yo soy jefe de todo el mundo*",[11] (*yo gobierno al mundo*). Tal era el carácter del jefe de los revolucionarios en las provincias occidentales. Se puede preguntar ¿cómo se podía permitir que semejante hombre ejerciera un poder tan arbitrario?, ¿por qué los ciudadanos no lo arrojaban de su sede en Los Remedios? Lo protegían las bayonetas y la infatuación del paisanaje. Mientras conservara la buena voluntad de los comandantes no tenía nada que temer de un pueblo desarmado, cuya veneración por su carácter sacerdotal ocultaba todos sus crímenes. El miedo que había infundido en quienes de él dependían era también una ayuda poderosa para mantener su autoridad, porque todo aquél sobre quien recayeran sus sospechas era ajusticiado, ya en secreto, ya abiertamente.

Pintar en todas sus horribles formas el sistema de despotismo y terror que marcó los anales del poder de Torres es un trabajo nada agradable a los sentimientos ni fácil de efectuar. Uno o dos ejemplos, de los muchos que podrían aducirse, serán suficientes para ilustrar su vileza. A causa de su inactividad, el enemigo iba ganando terreno día a día, y se le permitió que se fortificara en casi todos los pueblos y villas del Bajío sin ser molestado. Quedaban, sin embargo, el Valle de Santiago, Pénjamo y Puruándiro, tres lugares florecientes, ricos, hermosos y populosos, distantes pocas leguas uno del otro. Para detener el avance de los realistas, se le ocurrió a Torres que el método más eficaz y

[11] "*Yo soy xefe de todo el mundo*" en español en la edición de 1820.

2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
Disponible en: http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/418/memorias_revolucion.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

menos peligroso era el de arrasar estas poblaciones. Olvidando, o sin reflexionar, que como todos los demás lugares, a excepción de estos tres, se hallaban en poder del enemigo, ningún beneficio se derivaría del sacrificio de estas poblaciones, y sin considerar en ningún momento que los fieles americanos iban a sufrir sin que hubiera la posiblidad de que resultara de todo esto algún bien para la causa, envió órdenes a los habitantes de evacuar sus posesiones en un plazo de seis horas, pasado el cual *cada uno* debía destruir su costosa y elegante mansión. En todos los casos se le obedeció, aunque en algunos la ejecución se vio acompañada de condiciones agravantes. Los habitantes de Puruándiro pidieron una extensión del plazo para poder evacuar sus propiedades. Esta petición fue denegada y antes de que hubieran pasado tres horas Torres envió a sus soldados, que recorriendo las calles de arriba a abajo con antorchas encendidas prendieron fuego a todos los edificios, a excepción de las iglesias. En Puruándiro, así como en otros lugares, a muchas familias que vivían cómodamente y aun en circunstancias opulentas se les obligó a retirarse a granjas pequeñas, donde viven en la indigencia y en la miseria. Las poblaciones de San Felipe, Uruapan[12] y otras fueron tratadas en la misma forma y, como prueba de cuán inútiles y crueles fueron estas medidas, desde entonces y hasta ahora el enemigo ha estado en posesión de todos estos sitios.

El siguiente ejemplo que hemos escogido muestra toda la crueldad y la salvaje ferocidad de un bárbaro. Los habitantes del Bajío se destacan por ser más adictos a la revolución que los de cualquier otra región del imperio mexicano. La aversión que sentían por los realistas, así como el miedo que les tenían, provocó que los varones que podían hacerlo abandonaran sus casas y huyeran a las montañas cada vez que aquéllos aparecían. El padre Torres, con algunas tropas, se dirigió a una malhadada hacienda llamada Guanimaro, no lejos de Pénjamo. Sus habitantes, al darse cuenta de que se acercaban unos soldados, huyeron a una colina cercana a la hacienda. Al entrar, el padre se desató en un torrente de invectivas porque habían huido de él, pues así interpretó sus buenas intenciones. Ordenó que regresaran, los formó en las inmediaciones de la hacienda y los diezmó allí mismo. Las víctimas de su desenfrenada barbarie se confesaron de inmediato y, sin ceder a sus ruegos o impetraciones solemnes de que era el miedo y el horror al enemigo lo que les había hecho huir, y sin escuchar las súplicas de sus mujeres, hijos y familiares, ordenó que se les fusilara en presencia de sus amigos y parientes.

[12] "Uruapa" en la edición de 1820.

2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
Disponible en: http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/418/memorias_revolucion.html

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

Hemos sido minuciosos al esbozar el carácter del padre Torres porque a continuación se verá que la conducta que este hombre observó con el valiente Mina fue la única causa de que éste no tuviera éxito en su empresa, no obstante todos los demás obstáculos a los que tuvo que enfrentarse.

Las tropas que controlaban Torres y sus satélites eran intrépidas y valientes. Su número se elevaba cuando menos a siete mil hombres y, aunque no todos iban armados con fusiles, eran expertos lanceros y excelentes jinetes. No obstante, carecían en lo absoluto de disciplina y dirección, estaban mal pagados y vestidos, sin unión; cada hombre vivía en su propia casa y, en consecuencia, estaban desparramados por toda la comandancia. Eran los sirvientes de sus amos, los comandantes, y habían vivido tanto tiempo en el desorden que podían desertar y huir del campo de batalla impunemente. No es, pues, de admirar el que no fueran ya capaces de hacer frente a sus antagonistas, cuya única superioridad consistía en que permanecían unidos en el campo. En cuanto al valor personal y a la calidad de sus caballos, los realistas eran muy inferiores; tampoco tuvieron una buena caballería hasta que se formó con la de los mismos insurgentes. Cuando estaban disciplinados y entrenados a pelear en orden, los patriotas invariablemente derrotaban a sus enemigos.

Debe recordarse que aunque se haga esta pintura poco favorable, en lo general, de los jefes patriotas, unos cuantos eran guiados por el amor a su país, a pesar de que su conducta tuviese fallas. La depravación innata, como era el caso de la mayoría, no tenía influencia en sus acciones.

El paisanaje dio las pruebas más inequívocas de su adhesión a la causa patriota porque, aun cuando fue maltratado, ultrajado y sacrificado tanto por los patriotas como por los realistas, continuó fiel al estandarte de la república.

Para dar la apariencia de que contaba con un gobierno civil, Torres instituyó uno basado en el modelo del desaparecido Congreso. Constaba de un presidente, *don Ignacio Ayala*; dos miembros, *don Mariano Tercero* y el *doctor don José de San Martín*, y un secretario de guerra, *don Francisco Lojero*.[13] Sin embargo, todos eran hechura de Torres, actuaban de acuerdo con sus deseos y, de hecho, en vez de controlar sus operaciones reforzaban su poder sobre la población. Aunque el gobierno emitió algunos decretos, éstos eran acatados o desatendidos según convenía al capricho o al interés de Torres y sus comandantes, los que únicamente obedecían los mandatos de dicho jefe.

[13] "*Loxero*" en la edición de 1820. Todos ellos fueron miembros de la Junta de Jaujilla.

2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
Disponible en: http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/418/memorias_revolucion.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

El nuevo Congreso concedió al padre el grado de teniente general y comandante en jefe de todas las fuerzas de la república mexicana. Por ese entonces los realistas habían puesto guarniciones en todas las poblaciones principales, pero los patriotas mantenían todavía el control del campo, hasta las murallas mismas de las ciudades. Se hallaban dispersos en partidas de guerrilleros, principalmente de caballería, que constaban de cincuenta a mil hombres, y sus incursiones se extendían desde la *Sierra Gorda* hasta las costas del Pacífico. De hecho, eran poco más que cuerpos de bandidos. Cuando sabían que se aproximaba una división realista, huían a sitios inexpugnables en las montañas, donde aguardaban hasta que el enemigo se retiraba; entonces descendían a las llanuras y repetían las escenas de borracheras, juegos y crímenes de toda clase.

Los realistas no eran espectadores ociosos de todos estos desórdenes y de la infortunada condición de los patriotas sino que diariamente aprovechaban las ventajas que les ofrecían.

Tal era el estado de la revolución mexicana cuando Mina llegó al fuerte de El Sombrero; los desastres que hemos relatado le fueron comunicados entonces tan sólo en forma parcial, y todavía mantuvo gustoso la esperanza de que era posible remediar los males que sufrían los revolucionarios. Se lisonjeaba de que los gallardos oficiales que había traído consigo, lo mismo que los soldados de su pequeña banda, mediante su influencia y ejemplo infundirían nuevo ardor en las tropas, promoverían su unión y le permitirían asestar un golpe decisivo a los realistas.

Los patriotas continuaban todavía en posesión de tres fuertes, que eran el de *El Sombrero*, el de *Los Remedios*, a cosa de sesenta millas, y el de *Jaujilla*,[14] a igual distancia de Los Remedios, donde el Congreso llevaba a cabo sus sesiones.

Asimismo, permanecían entre los patriotas unos cuantos individuos de carácter distinguido, quienes, a pesar de hallarse disgustados por la atroz conducta de los revolucionarios, guardaban un odio tan implacable a los españoles que preferían buscar su morada en los bosques antes que aceptar el indulto. Entre ellos se encontraba *don José María Liceaga*, presidente del Congreso de Apatzingán que suscribió la Constitución. Pero ninguno de estos hombres de valía conservaba ya poder ni influencia; la educación, el talento y el patriotismo puro se hallaban proscritos bajo hombres como Torres y su partido.

Entre los comandantes militares que por entonces actuaban bajo Torres había pocos que pudieran leer o escribir. Por lo común empleaban

[14] "*Xauxilla*" en la edición de 1820.

2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
Disponible en: http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/418/memorias_revolucion.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

un secretario, sobre quien recaía el deber de leer y contestar las comunicaciones. Cuando debía firmarse un papel de importancia, el comandante le imprimía un sello con su nombre, adornado con algunas toscas insignias.

Con hombres de semejante carácter estaba destinado a cooperar el infortunado Mina. A su alrededor no contempló más que crasa ignorancia y anarquía que amenazaban volver inútiles todos sus esfuerzos. Desilusionado y mortificado, ocultó, no obstante, su pesar a todos, a excepción de unos cuantos de sus oficiales en quienes confiaba. Había esperado una escena diferente y, aunque nunca pensó encontrar a las fuerzas revolucionarias bajo una disciplina militar o con oficiales experimentados, las había imaginado como entusiastas por la causa de la libertad y había entendido siempre que eran una raza robusta y valiente. Durante su reciente marcha desde la costa a El Sombrero, había recibido las pruebas más decididas del valor innato de los criollos, y se lisonjeaba todavía con la esperanza de que se hallaba en su poder el tener éxito en la emancipación de México. Mina consideraba su enlace con los patriotas, aun con todas las desventajas en que éstos se encontraban, como el primer gran paso hacia su gloria y éxito futuros; y, a pesar de lo extravagantes que puedan parecer ahora semejantes cálculos, es evidente para el escritor que si Torres y los demás jefes patriotas que estaban bajo sus órdenes hubieran sacrificado sus intereses personales a la causa del país y cooperado magnánima y cordialmente con Mina, nombrándolo comandante en jefe, éste hubiera hallado una superabundancia de hombres y de recursos no sólo para detener los progresos de los realistas sino para darle a la revolución un aspecto más brillante que el que había tenido desde que se inició la lucha.

Es bien conocido por el escritor que durante el periodo de que hablamos casi todos los regimientos de tropas europeas y criollas, tanto de la ciudad de México como de las provincias centrales, eran sospechosos de desafecto y considerados como dispuestos a rebelarse. Si Mina hubiera podido mantener su posición durante unos cuantos meses después de haber efectuado su unión con los patriotas, casi no hay duda de que esto hubiera ocurrido. Las murmuraciones y las deserciones se habían vuelto tan comunes entre las tropas españolas, sobre todo en el regimiento de Zaragoza, que el gobierno se hallaba en el mayor estado de alarma. De hecho, su existencia misma dependía de detener el progreso de Mina hacia las provincias del centro; y, por lo tanto, de la cooperación de Torres y sus seguidores con el general dependía la suerte del gobierno realista de México.

También será obvio para el lector cuán diferente hubiera sido la situación de Mina si hubiera llegado doce o incluso nueve meses antes

2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
Disponible en: http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/418/memorias_revolucion.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

a la costa mexicana y se hubiera unido a comandantes como Victoria y Terán, en vez de al envidioso y depravado Torres. Entonces sí el héroe de Navarra hubiera obtenido nuevos laureles y la causa de la libertad hubiera triunfado. Pero sigamos el curso de los acontecimientos, en el orden en que ocurrieron, después de la llegada de Mina al fuerte de El Sombrero.

2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
Disponible en: http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/418/memorias_revolucion.html

2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
Disponible en: http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/418/memorias_revolucion.html